

Valoraciones teóricas para un análisis histórico crítico

Anita Gramigna¹

grt@unife.it

Artemis Torres Valenzuela²

torresartenus@gmail.com

Preámbulo

Por Edgar Haroldo Torres³

En esta propuesta se plantea la manera de abordar una realidad objetiva concreta desde la ciencia histórica, destacando que es el historiador quien, desde su perspicacia e intuición, hace uso de elementos e instrumentos prácticos para contrastar dicha realidad con la fundamentación teórica, en una relación sutil y creativa de presentar el hecho histórico y su relación entre la historia y el arte.

¹ Profesora y directora del Laboratorio de Epistemología de la Formación EURESIS, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Ferrara, Italia. Especialista en Epistemología y Metodología del Conocimiento Científico, Pedagogía General e Historia y Educación, profesora invitada de diversas universidades, entre las que destaca la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

² Historiadora, profesora titular de Teoría de la Historia en la Escuela de Historia e investigadora del Centro de Estudios Folklóricos –CEFOL–, Universidad de San Carlos de Guatemala. Autora de libros y artículos.

³ Estudiante de la Maestría en Docencia Universitaria, Facultad de Humanidades, USAC. Historiador por la Escuela de Historia, USAC. Investigador nivel 1, Dirección General de Investigación (DIGI/USAC). Profesor interino en la Facultad de Ingeniería, Escuela de Historia y Escuela de Formación de Profesores de Enseñanza Media, USAC.

Se aborda la necesidad de comprender el hecho histórico a través de un análisis serio, crítico y objetivo sobre una realidad determinada, no obstante, se advierte la necesidad de deconstruir el fenómeno y reconstruir el mismo desde diversas técnicas, amparados en la microhistoria, historia oral, historia total y la Escuela de los Annales, con la finalidad de comprender el fenómeno desde su propia esencia. Este breve ensayo queda registrado en esta Revista como un legado producto de las experiencias profesionales de ambas autoras.

Con el fin de guiar al lector en la comprensión de la riqueza del contenido que las autoras comparten en estas Valoraciones Teóricas, a continuación presento un esquema (figura 1) que intenta esgrimir, desde el propio pensamiento de las autoras, la manera en que una realidad concreta debe ser abordada, interpretada desde diferentes aristas, las cuales permiten tener una mejor apreciación del objeto de estudio y el comportamiento del mismo como resultado del análisis crítico que descubre su propia esencia.

El historiador se convierte en el articulador del conocimiento, aquel individuo que como un erudito observador indaga en una realidad objetiva cualquiera, intentando ser objetivo en su apreciación sin poder deslindarse de su condición humana y, como tal, sensible y subjetiva que lo envuelve y lo inquieta en su valoración sobre lo que percibe como cierto y justo.

Es por ello que cuando el historiador se enfrenta a una realidad determinada debe armarse a la usanza de un caballero de la Edad Media, con una armadura resistente, escudo, espada, lanza y suficientes armas, una analogía que para el presente caso, lo entenderemos como esa fundamentación teórica que le permita desde distintos ángulos defender su percepción, fundamentar su interpretación y evidenciar sus resultados, haciendo uso de esas técnicas y desde las ópticas más variadas y diversas (microhistoria, historia oral, historia total, Escuela de los Annales), las cuales son propuestas en este artículo de manera magistral por las autoras.

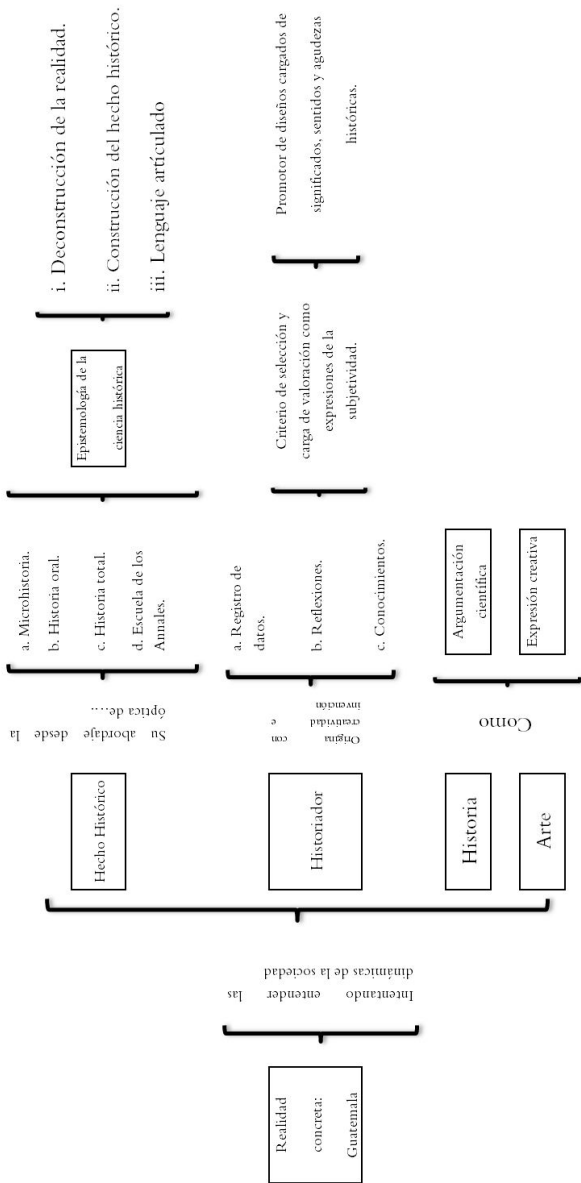


Figura 1: interpretación de las valoraciones teóricas, a partir del pensamiento de Gramigna y Torres. Por Edgar H. Torres.

Desarrollo

Este trabajo surge de una realidad concreta: Guatemala. Las etapas históricas desde sus pueblos originarios hoy caracterizan las grandes contradicciones, armonías y regularidades del presente que, a su vez, nos invitan y permiten reflexionar sobre categorías, conceptos y definiciones que a partir de marcos epistémicos y metodológicos aportan elementos para comprender y analizar hechos históricos desde concepciones teóricas.

Por principio, la reflexión que planteamos está abierta al debate y a la discusión, pues consideramos que estos ejercicios son fundamentales para las profundizaciones teóricas que, luego, permiten incidir en las distintas realidades y, especialmente, en la guatemalteca. Es así como de la observación, reflexión y percepciones como acciones primarias en la construcción del conocimiento, pasamos a considerar lecturas sobre el tema y contrastar fuentes diversas que nos permiten proponer las siguientes explicaciones.

¿Cuándo un “hecho” se puede definir histórico? y ¿cuál es la tarea del historiador? Es evidente que un hecho histórico no deriva su definición únicamente a partir de la reconexión con un ambiguo concepto de pasado, existe toda una complejidad en relación al acontecimiento y, más aún, al hecho social histórico. Los colectivos, las dinámicas individuales conectadas a los diversos grupos, el registro o las evidencias de su existencia y actuar, así como los escenarios, factores y componentes deben polemizarse constantemente en relación a la concepción o concepciones del tiempo, sus dimensiones, el sentido, el significado y el contenido del pasado.

Abordar las nociones del “hecho” implica, de igual manera, desplegar las formas metodológicas e intencionales que dan origen a las especialidades de la ciencia histórica. En el recorrido académico e intelectual varias han sido las corrientes y escuelas que han ahondado y afinado los campos propios de la historia social, política, económica, ideológica y cultural, entre otras. Hasta aquí no hemos puntualizado el hecho como objeto de estudio de la ciencia histórica.

Pasemos ahora a la tarea del historiador, un tema cuestionado y abordado en toda época. Una constante en su definición ha sido que su rasgo científico específico lo constituye registrar datos que den origen a reflexiones y conocimientos; a esto se le agrega analizar e interpretar fundamentalmente los

testimonios de todo un proceso, que inicia con la observación. Estas formas de entender la tarea del historiador conllevan más interpretaciones. Sin embargo, queremos puntualizar una que, a nuestro juicio, es esencial: el criterio de selección y la carga de valoración como expresiones de la subjetividad, y es que, además de buscar y encontrar fuentes, la tarea del escrutinio cuidadoso nos permite afirmar, desde otra dimensión, que el historiador también es –hasta cierto punto– creador del hecho.

Sin duda alguna, a esta inherente parte de la subjetividad creativa del trabajo del historiador debemos agregar elementos que permiten, sobre esta base, hacer conexiones y vinculaciones con una perspectiva serial, diacrónica y crítica. Así el conocimiento y control de todos estos elementos que apoyan el trabajo científico del historiador lo guían en su interpretación y pretensión, cada vez más científica.

De esta manera, la atención científica del historiador es, por lo tanto, la que descubre y crea conexiones, identifica los vínculos en los fenómenos estudiados, frecuentemente rompe fronteras entre diferentes disciplinas y relaciona métodos y lenguajes, desarrollando habilidades mentales precisas que van más allá de las formas convencionales de abordar y percibir la realidad. Es aquí en donde encontramos el encanto indiscutible de la intuición que distingue el trabajo del científico y, en particular, del historiador, cuya imaginación consiste precisamente en reconstruir (sobre evidencias –fuentes–) los eslabones o episodios, algunos evidentes, otros olvidados o intencionalmente omitidos, que identifica y deduce.

Así, el historiador desarrolla su trabajo, su labor; su quehacer es más que nada, y que todo, altamente creativo. La creatividad entendida como el talento de llevar a cabo procesos de recopilación, descripción, análisis, interpretación, síntesis y propuestas, que se materializan y evidencian, entre otras formas, en las nuevas metodologías, narrativas y, por consiguiente, aportes a la ciencia histórica.

Ante esta propuesta no debemos olvidar el punto de encuentro entre la historia como argumentación científica y el arte como expresión creativa, la invención del guión, de la periodización, de algo nuevo que antes no existía y que, además, es infinitamente inagotable e inacabada, promotora de diseños cargados de significados, sentidos y agudezas históricas.

En relación a propuestas historiográficas, la particularidad guatemalteca en sus múltiples manifestaciones culturales promueve la búsqueda de elementos de base, que permitan la comprensión desde sus raíces. De esta manera, los aportes de grandes e importantes corrientes y escuelas historiográficas que han marcado las formas de hacer historia pueden retomarse (aunque no como calcos) en algunos de sus aspectos y vincularse, contrastarse o integrarse con el aporte de cosmovisiones y epistemologías propias de los pueblos originarios que, al igual que las corrientes antes indicadas, abren novedosos horizontes a la interpretación, al pensamiento crítico y al conocimiento histórico.

Al respecto, la microhistoria como propuesta teórica y metodológica, por ejemplo, nos permite conocer a menor escala la cotidianidad en cualquiera de las dimensiones temporales, con sus estudios vinculantes entre lo particular y lo general se estimulan continuamente aprendizajes específicos que, a su vez, potencializan los hemisferios cerebrales. La invitación de la microhistoria tiene un papel “paradigmático”, porque el investigador proyecta su atención en un fragmento de la realidad compleja y plural que representa el objeto último de su estudio. El historiador aísla temporalmente un fenómeno, un ambiente, un personaje, consciente del contexto en el que se inserta ese único hecho, como la pequeña pieza de un mosaico. Se reserva la posibilidad de elaborar nuevas preguntas a partir de áreas circunscritas a través de un análisis que se refiere a una perspectiva de comparación. En esta labor de atención a lo particular y de su desprendimiento temporal y artificial del cuadro general recupera la dimensión simbólica de esa experiencia única. Aquí, el “hecho” asume una dimensión paradigmática, se emancipa de la contingencia para entrar, a través del análisis del investigador, en un sistema formalizado de conocimientos que es la disciplina histórica y puede proporcionarnos nueva información.

La perspectiva de la microhistoria (considerada por algunos como demasiado pequeña, poco significativa e inexistente) puede favorecer, en última instancia, una propuesta de contrahistoria, los agujeros negros que la investigación científica aún no ha visibilizado y que habitan numerosos espacios de nuestro universo cultural.

Con respecto a la concepción del tiempo, la microhistoria, al referirse a lo cotidiano, a la experiencia vivida, pone en relieve tiempos más rápidos, ritmos y devenires diversos, heterogéneos, urgentes, recesiones y constancias. Esta dimensión fractura y cuestiona el tiempo cronológico lineal biológico,

en donde la homogeneidad es la única posibilidad. Frente a lo ascendente, superficial y general, la microhistoria aporta la percepción de la lentitud y la celeridad.

La historia oral, por su parte, sistemáticamente ha contribuido de manera significativa a enfatizar la importancia de la vida cotidiana de hombres, mujeres y otros sectores que han sido invisibilizados por ser parte de los grupos comunes, mayoritarios.

La contribución de la historia total posiciona e incluye –entre otros elementos– lo cotidiano, lo concreto y afina la concepción de largo plazo, reconociendo las encrucijadas horizontales y sincrónicas entre los sectores sociales e incluyendo la perspectiva vertical que conecta el pasado con el futuro, una historia que plantea los cambios de manera panorámica.

La conocida y reconocida Escuela de los Annales es promotora de una concepción interdisciplinaria y plural –que involucra además ciencias y conocimientos recientes como la sociología, antropología, arqueología etnología junto a la matemática, la estadística, la biología, etcétera–, en ella encontramos a la “historia nueva”, enfoque que se constituye en un referente para abordajes holísticos.

Luego de las anteriores consideraciones, volvamos al hecho histórico, su consistencia. El fenómeno histórico requiere de los aportes, contribuciones o miradas múltiples sin perder la esencia que lo define como histórico.

Como toda ciencia en la época actual, la Historia atraviesa un periodo de revisión continua de sus principios, criterios, fundamentaciones, métodos y argumentos que tienden a una percepción, la visión de conjunto, la unidad del conocimiento que se opone a la fragmentación, a la especificad que, en gran medida, caracteriza a la investigación científica, llegando a dimensiones tan particulares como la propia existencia humana y la frágil e inquieta identidad.

Las particularidades del conocimiento descriptivo, que se perfilaron y definieron aún más a partir del siglo XIX, formaron eruditos poco útiles que, al contrario de los aportes que hemos abordado, omiten y omitieron aspectos particulares, ambientes concretos, personajes poco conocidos o desconocidos. La trascendencia de esa historia positivista, tradicional, convencional, oficial

y, por consiguiente, apologética y legitimadora de poderes fue criticada profundamente, y de ese debate y crítica se posicionó la nueva concepción epistémica de la ciencia histórica.

A manera de conclusión

El historiador es el arquitecto del pasado y sus dimensiones temporales no se limitan a este concepto, tiende a cuestionar constantemente el presente y el futuro, a crearlo, recrearlo, ordenarlo, estructurarlo. Esta ingeniería requiere de conocimientos profundos de la realidad y de teorías como las que hemos mencionado, ya que pensar y repensar los conceptos que articulan el conocimiento hace posible un diálogo necesario, constante, perpetuo, de oposiciones y disociaciones. Así, abordamos ideas, conceptos y categorías como el tiempo, lo particular, lo universal, la relación entre el individuo y la época, dicotomías que oscilan desde los escenarios, las cosas, la cultura mediadora, el lenguaje y el mismo género humano, complejidades opuestas entre sus expresiones más profundas, íntimas y sus acciones, unas más puras que otras. Las polaridades entre el ser y el pensar, o lo que en otras palabras y niveles se concreta en lógicas y prácticas.

Es oportuno indicar lo esencial que es analizar el lenguaje en y para la construcción de la ciencia histórica, reflexionar sobre lo que nos posibilita y limita en la experiencia de conocimiento, comprensión, interpretación y análisis del tiempo social histórico, de sus actores, las circunstancias y los escenarios. El lenguaje y la potencialidad de la palabra nos estimula a constituirnos cada vez más en historiadores exploradores, que más allá de las fuentes tradicionales y las explicaciones narrativas transgredimos acciones materiales evidentes para incursionar en el subconsciente del individuo pero, fundamentalmente, el subconsciente del colectivo.

Finalmente, no podemos proponer respuestas a las interrogantes iniciales, pero sí reflexiones diversas que ayuden a considerar fronteras disciplinarias flexibles, que eliminen las limitaciones rígidas de los métodos, que trasciendan las visiones especializadas. En otras palabras, que amplíen los horizontes cognitivos, que promuevan, sin temores, desavenencias entre el desplazamiento de las dimensiones particulares, generales y universales.

Para hacer ciencia se necesita responsabilidad, compromiso ético, pasión, conciencia, sensibilidad, conocimientos estéticos y argumentos objetivos de concepciones analíticas y, por consiguiente, de investigadores dinámicos, críticos, libres, transgresores, riesgosos, decididos, propositivos y valerosos, porque solo así, siendo destructores, se puede ser originales y auténticos constructores.

